

LOS FILMS DEL FAR-WEST



UNA NOVELA COMPLETA EN CADA CUADERNO

N.º 20

PERDIDO EN EL DESIERTO

15 cts.



Luego se abalanzó contra el otro y lo hizo caer sobre una mesa...

Perdido en el desierto

(Novela cinematográfica, inspirada en la película del mismo título, de la colección «Selecciones Cines», Via Layetana, 53.- Barcelona)

I

Dick Warren descendió de su fatigada y sudorosa cabalgadura a la puerta de una vieja y decorchada caucha situada en la pendiente de una abrupta y escarpada montaña, después de haber cruzado el desierto infinito y árido.

Corría un arroyo cerca del miserable edificio, y el animal se lanzó afanosamente hacia el agua corriente y cristalina.

Su jinete hizo lo mismo; pero apenas al permitirle al sediento corcel que sus bellas cubiertas de espuma les remojase la lina, clara y salfarina, porque abrazándose a su cuello, con una fuerza más propia de un titán legendario que de un hombre de nuestra época, lo obligó a retroceder, hiriendo.

—¡Ahora, basta, Centellas! ¡Esta agua que tan deliciosa la encuentran las abrasadas fauces, te mataría con mayor rapidez y seguridad que el más infame veneno! ¡Comprendes lo que te digo, mi bravo amigo?

Al mismo tiempo miraba con sus grandes y ardientes ojos negros al irracional, cuyo mirar tenía, en aquel momento, esa expresión inteligente y como humanizada que las

bestias asumen en algunas ocasiones.

Un agudo relincho hendió los aires y el viajero añadió:

—¡Bien, Centellas querido! ¡Ya conozco por tu respuesta que me has entendido! ¡Sufrir un rato más, pobre amigo, después de las largas horas que ya llevamos los dos sufriendo! ¡Ahora, lo que necesitan nuestros extenuados cuerpos es un poco de descanso! Después...

—¡Dick Warren!—dijo alguien a las espaldas del fornido y guapo mozo que de este modo se expresaba—. ¡Loado sea Dios!

Entonces nuestro viajero volvió la cabeza, dirigiendo a un anciano de luz cobriza, cuerpo ya abrumado por la pesadumbre de los años, pómulos salientes y ojos vivaces, pequeños y oblicuos.

—¡Ciertamente, mi viejo Neel! ¡Bien puedes decir ¡Loado sea Dios!, porque nunca, en viaje y aventura algunos de cuantos viajes y aventuras forma la cadena de mi azarosa existencia, conocí y luché contra unos peligros tan grandes y continuos como lo que esta vez han puesto a prueba el temple de mi alma, la resistencia

de mi organismo, el arrojó de mi corazón.

«Pero... ¡todo ha pasado! ¡Y aquí me tienes, victorioso de la felonía y la maldad de algunos hombres y del formidable y ciego odio que en esta ocasión me ha mostrado la misma naturaleza!

Mientras el animoso e intrépido Dick Warren pronunciaba la anterior respuesta había rodeado con su robusto brazo, con gesto afectuoso y protector, la decrepita figura de su interlocutor.

—¿Y tu abnegada y vieja compañera?—preguntó a continuación.

—¡Dentro está!

—¿Tan animosa como siempre?

—Sí.

Un instante después los dos hombres se hallaban en el interior de la vetusta y primitiva morada y en presencia de una mujer anciana cuya fisonomía ofrecía los mismos rasgos raciales que la del viejo Neels...

Igualmente que ésta, la humilde mujeruca acció con un grito de asombro y de júbilo la llegada del arrogante viajero.

—¡Sanjo cielo! — exclamó de pronto Warren—. ¡Me he olvidado de mi caballo, y tal olvido podría ser causa de su muerte!

Esto diciendo salió como una exhalación, comprobando en seguida, al ver en el mismo sitio en que lo dejara al noble y sumiso animal, cuán infundada era su alarma.

Entonces lo condujo por la brida hacia un trozo de terreno en que crecía cierta vegetación y atándolo a unos árboles, volvió apresuradamente junto a los moradores de la rústica casucha.

Lo esperaban éstos con ansiedad.

—¡Beba! —le ofreció el viejo mexicano, alargándole un vaso cuyo obs-

curo y líquido contenido era una infusión de hierbas que producía en los derrengados caminantes, torturados por la sed, un efecto tan rápido como beneficioso y reconfortante.

Dick Warren vació el vaso de un solo trago y seguidamente la vieja le preguntó:

—¿Y mi niña, mi lucero, mi Myriam? ¿La has visto? ¿Has hablado con ella?

El atezado y varonil semblante de Warren resplandeció de alegría y luego de hacer con la cabeza algunos gestos afirmativos, declaró:

—Sí, sí; y ya está preparada contra el peligro que la amenaza...

—¿Que la virgen María la ampare y proteja!...—suspiró la sencilla mujeruca...

—¿Y aquel hombre, su enemigo, aquel demonio que la persigue? ¿Lo ha cazado ya la caballería americana?

—¡Todavía no! Todavía está sano y libre! ¿Hasta cuándo? ¡Dios sólo lo sabe! ¡Pero apenas lo vean mis ojos y lo tenga al alcance de mi certero revólver, aquel canalla dejará de existir!—afirmó Dick Warren con acento sombrío y los ojos relampagueantes de cólera.

«¡Lástima que no conozca yo su maldita cara, su odiosa figura! ¡Lástima que yo no sepa de él más informes que los que t. me diste, mi buen Neels, al enterarme de los siniestros propósitos que abrigaba contra la criatura más hermosa y excelsa que existe bajo el cielo del Oeste!

—Entonces aquel ángel de bondad y de luz, estando en libertad aquel diablo, continúa amenazado por un horrible peligro!

«¡No debiste separarte de su la-



Myriam lo encuentra desmayado, inerte y mudo, bajo un cielo implacable...

do, valeroso Dick!—terminó diciendo con acento trémulo.

—Tan sólo una noche, la que va a seguir a este día que ya camina hacia su ocaso, estaré alejado de aquella radiante y sublime criatura, pues mañana al mediodía llegaré a su rancho!

—¡Dios lo quiera!

—¡Con tal que el *Puma del Desierto* no le tome la delantera!—observó Neels meneando la cabeza con tristeza—. ¡Mil rayos! ¿Por qué he de ser yo tan viejo, tan inútil, tan miserable? ¿Por qué estas manos en otro tiempo de acero y capaces de sujetar un potro salvaje, ahora ya no pueden sostener un revólver sin temblar convulsivamente? Si yo pudiera volver a mis años de vigor, de energía y de fuego... a mis años valientes y mozos, nuestra idolatrada ahijada podría vivir tan segura como si la defendiera y custodiase un centenar de guardianes.

—¡Eso es muy verdad!—corroboró Dick Warren—. ¡Pero no lo es también, mi viejo amigo, que yo no valgo ni puedo menos de lo

que tú valías y podías en tus buenos tiempos? ¿No es verdad que me crees capaz de hacer lo que tú habrías hecho?

—¡Sí, sí, Dick! ¡Tu bravura no la ha aventajado nadie! ¡Tampoco tu notoriedad! ¡Por eso hace ocho días, cuando acamparon en este paraje aquellos hombres sin conciencia ni corazón, aquella cuadrilla de aventureros sin honor ni decoro, invadiendo y saqueando estas veneradas paredes que me vieron nacer hace setenta años y que han de ser mi sepulcro y el de mi fiel viaje... y poco después, arrastrándome como un reptil pude llegar hasta el lugar en que, alrededor de una hoguera, se hallaban reunidos comiendo como lobeznos, bebiendo como esponjas y charlando hasta por los cuernos, me enteré de que maquinaban la impía infamia de apoderarse de Myriam, el tiempo me faltó para llamarte.

»Y entonces, por la memoria de tu padre, a quien yo, como sabes, en cierta ocasión salvé de una muerte terrible y segura, con peligro de mi propia vida, en el desierto arenoso y calcinado por los dardos del sol, te supliqué que hicieses por aquella angélica criatura lo que yo hice por el autor de tu vida... ampararla, defenderla, despreciando cien muertes si cien veces pudiera morir un hombre!

—¿Y qué te dije yo? ¿No acepté con entusiasmo y con júbilo tu encargo?

—¡Sí, sí!

—Y apenas acabaste de hacerme tu ruego, me puse en marcha hacia el *Rancho de las Rosas*. ¡Penetré en él! ¡Jamás mis ojos habían admirado un jardín tan bello y maravilloso como el que rodea el edificio habitado por vuestra ahijada!

*Y la flor más espléndida y fragante de aquel edén, viéndome, súllo a mi encuentro!

*—¿Se llama usted Myriam?— pregunté a tan hechicera visión.

*Fijó en mí sus negras y grandes ojos en los que no puede admirar todo el fuego y toda la lealtad y toda la ternura, fiel y ruda, de las mujeres del Oeste... y luego, con una voz armoniosa, incomparable, divina, vuestra ahijada me respondió:

*—¡Sí, señor; yo me llamo Myriam! ¿Qué desea usted?

*—Protegerla, salvarla — declaró — de un peligro que la amenaza!

*—¡Dios mío— exclamó ella con sus anidadas y bellísimas facciones alteradas por un delicioso y asustado moán—, ¿qué oigo? ¿A mí me amenaza un peligro? ¿Quién puede querer hacerme daño a mí, que tan cariñosa y buena compasiva soy para todos?

—¡Un hombre malo! ¡Mejor dicho, un engendro del infierno, en cuyos antros habrá de hundirse sin ver lograda su inicua hazaña, porque yo, Dick Warren, lo impedirá!

A esta declaración siguió un momento de silencio; pero uno de esos momentos, querido Neels, que un hombre no puede olvidar, que duran eternamente en su recuerdo y en su corazón y en su alma; uno de esos momentos que un hombre, por volverlos a vivir y gozar realmente otra vez, sacrificaría sin vacilar la misma vida...

*Porque en aquel momento los ojos de una mujer soberanamente hermosa e infinitamente superior al rudo y mísero hijo del desierto que estaba ante ella adorándola, lo miraban con gratitud y con afecto y le abrazaban el alma...

Dick Warren exhaló un profundo suspiro, y luego, añadió:

—Fui yo el primero en interrumpir el silencio preguntando:

—¿No me creéis, señorita?

—Sí, lo creo, porque su rostro revela...

—¿El qué?— inquiri yo con ansiedad.

—Revela— dijo la más inofable música que han percibido mis oídos— lealtad y valentía! ¡Por lo tanto, creo posible que un malvado, un demonio intente hacerme víctima de Dios sabe qué crimen!

*Pero cómo la ha averiguado usted?

—Por un capricho de la poderosa casualidad, o mejor sería decir por un designio de la Providencia. ¿Conoce usted al viejo Neels?

—¡Mi venerado padrino!— exclamó Myriam—. ¡Sí, lo conozco! ¡Lo quiero con toda mi alma!

—¿Eso dijo aquel ángel, Dick?— preguntó el achacoso mestizo con voz temblorosa.

—Sí, pues no hago más que repetir las palabras que pronunciaron sus labios, que después añadieron:

*Y lo mismo dijo de mi buena e inolvidable madrina! ¡Por Júpiter! ¿Esto os hace borrar?— exclamó Dick al ver que la vieja pareja se abrazaba sollozando—... ¡Como no os serenéis, no me vais a oír ni una palabra más!

La cariñosa amenaza surtió inmediato efecto.

Los dos ancianos, con los arrugados semblantes bañados de lágrimas, desataron el abrazo que los estrechaba.

—Yo dije entonces— añadió Dick recordando su relato— a vuestra ahijada:

*El Viejo Neels es quien me en-

vía cerca de usted, señorita, para avisarla del peligro que la amenaza!...

«¿Por parte de quién se halla usted en peligro? Voy a decírselo... Voy a pronunciar el apodo del hombre vil y perverso a quien yo aborrezco a muerte... Es éste. «El Puma del Desierto»! ¡Ah! ¡No palidezca ni tiemble usted, señorita!

—¡Pobre lucero mío!—exclamó la anciana mestiza—. ¿Qué menos podía hacer que tener miedo? ¡No lo tendría una paloma amenazada por un saquinario buitre?

—Sin embargo — observó Dick Warren—, en seguida se sobrepuso Myriam a la desastrosa emoción que la había invadido, demostrando poseer un ánimo capaz de arrostrar con indomable fiereza los peores peligros.

—Sé que ese malhechor es un tigre con figura humana; las iniquidades e infamias que lleva cometidas claman al cielo. ¡Sé que en vano lo buscan y quieren darle caza como a una fiera numerosos agentes de la justicia!...

«Pero hasta ahora ni siquiera se conocen ni sus señas personales ni la guarida donde se esconde con la cuadrilla de siniestros merodeadores de que es jefe...

«De modo que se trata de una especie de fantasma que aparece a cuarenta millas del sitio en que se le crea, cometiendo una de sus fechorías...

«El *sherif* de esta comarca visitó nuestro rancho hace tres días, acompañado de una docena de auxiliares, para comunicarnos los rumores y rumores que abrigaba respecto a que ese desalmado bandido y su digna horda nos hicieran una visita...

«Mis venerados papás tuvieron un susto inenarrable...

«Yo le ruego a usted que no renueve en sus corazones, que sólo por y para mí palpitan, la angustia y las zozobras que ahora ya casi habían desaparecido de ellos, al ver que los presagios del *sherif* no llevan trazas de confirmarse...

«Por lo tanto, nada les diga a esos seres tan amados sobre el verdadero móvil a que se debe la presencia de usted en el *Hancho de las Rosas*.

«—Pero, señorita — objeté —; el acceder al ruego de usted, quizás resulte nocivo...

«—¿Por qué?

«—Porque conociendo sus queridos y amantes padres la verdadera causa de mi visita, adoptarían ciertas precauciones...

«Ella me interrumpió:

«—Cuántas medidas pueden tomarse en estos casos, ya se han tomado aquí!... Desde luego, el *Puma del Desierto* y su pandilla de salvajes y sanguinarios merodeadores no nos pillarán desprevenidos...

«A continuación aquella valerosa y bellísima criatura me refirió de qué modo y manera serían recibidos en el rancho los forajidos si se presentaban en él, ya en pleno día, ya a favor de las tinieblas de la noche...

«Luego añadió:

«—¡Ahora usted tiene la palabra! Si estas precauciones le parecen deficientes, se aumentarían haciendo lo que usted proponga! Por mi parte, creo que falta completarlas avisando lo que ocurre a la *caballería* americana... Pero para llevar a cabo esto desearía, es preciso hacer un viaje tan peligroso como arriesgado a través del desierto...

«—Yo estoy dispuesto a hacer ese viaje—exclamé.

«—¿Cuándo?

«—¡Ahora mismo si usted quiere!

«—No por cierto... Sería una crueldad por mi parte imponerle a usted tan de improviso ese esfuerzo y ese sacrificio...

«El día está ya muy avanzado, y viajar de noche por el desierto es en extremo peligroso...

«—¡Bah! Si es solamente eso...

«—¡No insista! ¡Obedéscame!— me interrumpió vuestra adorable ahijada—. ¡Partirá usted mañana al rayar el alba!

«Ahora voy a presentarlo a mis queridos progenitores... ¡Pero cuidado con decirles una sola palabra respecto al tenebroso proyecto que contra mí ha maquinado el siniestro y misterioso *Puma del Desierto!*

II

Aquel mismo día, Dick Warren tuvo ocasión de demostrar la fuerza de sus puños y el coraje de su corazón.

Recorriendo la finca, encontró un grupo de *cow-boys* que estaban conversando, precisamente de los saqueos y robos que comían la terrible cuadrilla de bandoleros capitaneada por el *Puma del Desierto*.

Uno de aquéllos se expresaba sobre todo con tal miedo, que Warren acercándose no pudo menos de increparle:

—¿No te da vergüenza, habiendo nacido en esta tierra y llevando al alcance de la mano un revólver declarar ante estos hombres el espanto que te infunde un bandido, un malhechor, un ladrón tan infame e inhumano que ni los cuervos querrán picotearlo cuando alguien lo mate de un balazo?

El increpado asió a nuestro protagonista una mirada furiosa; era un hombre joven y de robusta figura, que prestaba servicio en el *Rancho de las Rosas* como vaquero, desde hacía unas días tan sólo.

La sagaz y severa mirada de Dick Warren advirtió en su fisonomía

un algo de extraño y sospechoso, un no sabía qué muy distinto de la rudeza y lealtad que revelan las curtidas facciones de los hijos del desierto.

—¿Y tú quién eres para hablarme de ese modo? ¿Acaso le has visto alguna vez frente a frente y sin temblar con el *Puma del Desierto*, cuyo sólo nombre produce una especie de terror en cien millas a la redonda?

—¡No he tenido esa suerte!

Una hurlona carcajada acogió esta respuesta, y luego las siguientes palabras:

—¿Con que no has tenido esa suerte? ¡Ni desees tenerla, si en algo estimas el pellejo!

Dick Warren avanzó un paso hacia el *cow-boy* que de una manera tan sarcástica ponía en duda su coraje y procuraba cubrirlo de ridículo.

—¿Conoces tú a ese capitán de forajidos?—preguntó mirando con fijez a su interlocutor.

—No.

—¡Mientes, canalla!

Una especie de bramido siguió a este insulto.



Con la rapidez del pensamiento, Warren asestó un puñetazo.

Entre los que presenciaban esta escena circuló un murmullo. Todos los rostros de aquellos hombres de instintos rudos y primitivos reflejaban el anhelo de que se trabase entre el forastero y su rival una encarnizada lucha.

Ambos eran bien plantados, de estatura y corpulencia parecidas. Un combate a puñetazo limpio entre ellos sería, por lo tanto, un espectáculo digno de verse.

El *cow-boy*, luego de lanzar un alarido de rabia, alzó el puño con la intención de descargarlo sobre el rostro de Warren; pero éste encojióse con una agilidad felina y



Y cogiéndole por el cuello, le dijo con voz imperiosa y amenazadora:

PERDIDO EN EL DESIERTO

interpretada por
Búfalo
BUI



John conoció por segunda vez la potencia de los puños de Dick...



John había tendido una emboscada a la bella Myriam.

cuando de nuevo se le vio erguido, su puño derecho cayó como una maza sobre el pecho de aquél, haciéndolo tambalearse y arrancándole un sordo gemido.

Seguidamente Dick Warren asestó un directo a la mandíbula con tan terrible fuerza y eficacia, que su rival se desplomó como una masa inerte.

— A este sujeto, más cobarde que un erizo sin púas y tan infame como el propio *Puma del Desierto*— dijo a los testigos de la corta lucha—, podría matarlo ahora como a un perro...

«Mas no quiero rematarlo, por-

que sospecho que no es lo que aparenta, sospecho que es un cómplice, un bandido de la cuadrilla del *Puma*.

Estas palabras provocaron entre los *cow-boys* una tempestad de cólera.

— ¡En tal caso merecía ser ahorcado! — rugió uno de ellos.

— ¡Mejor sería rematarlo a palos como un lobo cogido en la trampa!

— ¡Le abrasaríamos las entrañas a balazos!

Con la autoridad que acompaña siempre a los que triunfan mediante la valentía y la fuerza, Dick Warren impuso silencio.

Una vez fué obedecido, declaró:

— ¡Lo que le ha de suceder a este bellaco y traidor individuo si se confirman mis sospechas, lo dirá la justicia en cuyas manos lo pondrán las mías!

«Alejaos un poco de aquí, porque que quiero, apenas recobre el sentido, interrogarle a solas.

La media docena de hombres a quienes iba dirigido este mandato se apresuraron a obedecerlo, apartándose a cierta distancia.

Dick Warren inclinóse entonces sobre su vencido enemigo, que en aquel momento intentó incorporarse.

Y cogiéndolo por el cuello le dijo con voz imperiosa y amenazadora:

— ¡Ahora mismo vas a confesar la verdad, inmundo y cobarde coyote! ¡De lo contrario, estas manos te romperán como si fueses de vidrio, como romperían a tu execrable jefe, el *Puma del Desierto*, si tuviera la fortuna de apresarla...

«¿Me oyes? ¡Responde!

El rostro y los ojos del *cow-boy* reflejaron un terror indescriptible.

Pero sus labios permanecieron mudos.

— ¡Fuego del infierno! — rugió Dick Warren. — ¡No ha nacido todavía el hombre que me desobedezca sin arrepentirse en el acto!

Esto diciendo llevóse la mano derecha a la culata del revólver.

Al ver ese gesto, los temblorosos labios del *cow-boy* balbucearon:

— ¡No me mate usted!

— ¡Confiesa la verdad, infame! ¿Conoces al *Puma del Desierto*? ¡Cuidado con intentar engañarme, porque mis ojos van a leer la mentira en los tuyos!

El interrogado, no pudiendo sostener el fuego de la mirada de su formidable enemigo, bajó la cabeza apoyándola sobre el pecho y exhalando un profundo suspiro de desaliento.

— ¡Tu actitud es la de un culpable! ¡Y tu silencio equivale a la más franca y completa confesión! ¡Hediondo malsín! ¡Ahora comprendo del todo el fin que te proponías hablando del *Puma del Desierto* a tus compañeros de aquel modo! Querías hundir en sus valientes corazones el miedo. ¿no es cierto? ¿Querías que, ya dominados por el espanto, no se atreviesen a plantar cara a aquella gavilla de bandidos cuando se presentaran en este rancho, y huyesen despavoridos?

«¡Pronto! Declara la verdad, la verdad monda y lironda, ¡o por quien soy que te abraso los sesos!

Al mismo tiempo, apoyó el cañón del revólver en la frente del espiá. El frío contacto del acero, aumentó en el fingido *cow-boy* el terror que lo dominaba ya.

— ¡Espere! ¡No me mate usted! — balbuceó.

— ¡Hablarás?

— Sí.

— ¡Ya te escucho!

—Para que pueda hablar con más tranquilidad, separe esa arma.

Atendido este ruego, el malvado y solapado cómplice del *Puma* comenzó a decir:

—¡Confieso francamente que ha adivinado usted la verdad!

—¿Luego eres un traidor?—rugió el saqaz mozo.

—No. Soy un bandido de la cuadrilla del terrible *Puma*. ¡Y bien sabe el infierno que jamás habría salido de mis labios esta confesión si no viese en tan mortal peligro mi pellejo!

—¿Prosigue!

—He dicho ya lo que quería usted saber.

—Eso es poco... es casi nada comparado con lo que tú puedes decir y yo necesito averiguar... ¡Obedece porque no he anulado mi sentencia de muerte!... ¡Por lo tanto, desembucha pronto! ¡El tiempo urge!

—Pregúntame usted y yo le contestaré.

—¿Adónde se cobija tu jefe y la horda que acandilla?

—Difícil es contestar a esa pregunta.

—¿Por qué?

—Porque el sitio en que tenemos nuestra madriguera se halla a varias docenas de kilómetros de aquí!...

—¡No importa! Aunque estuviese en el último confín del mundo, iría yo a esa guarida de criminales aventureros...

—Tendrá usted que cruzar el desierto...

—Lo he cruzado ya varias veces... ¡Adelante!

—Más allá del desierto existe una montaña llamada *del hambre* porque en ella no hay más que tierra, guijarros y peñascos y apenas si en

algún trecho la alfombra una vegetación precaria y zanjilica en primavera... ¿La conoce usted?

—Como ahora te conozco a ti.

—Pues allí teníamos nuestro escondrijo...

—¿Tenáis? ¿Ahora no?

—Nadie ha sabido nunca con certeza dónde encontrar al *Puma*, porque cuando lo buscan en un punto, aparece a treinta millas de distancia; cuando se le supone refugiado entre riscales, surge en un poblado...

«Y si yo le dijera a usted: «mi jefe se halla hoy en tal o cual lugar», le engañaría... Ya ve usted que no puedo expresarme con mayor verdad y más franqueza.

A estas palabras siguió un instante de silencio. Warren reflexionó, preguntando por fin:

—¿Cuándo tenían proyectado invadir y saquear este rancho el *Puma* y sus hombres?

—No habrían transcurrido quince días.

—Ahora necesito saber una cosa.

—¿Cuál?

—Necesito saber si ese execrable bandido o algunos de sus compañeros de infamias suelen frecuentar algún establecimiento público de esta comarca...

El fingido *cow-boy*, con los ojos flameantes de maligna alegría, se apresuró a responder:

—¡Sí por cierto!

—Dílo.

—A sesenta millas de aquí se encuentra el poblado de Los Guadalupe... ¿Ha estado usted allí alguna vez?

Warren hizo con la cabeza un gesto denegativo, y el bandolero añadió:

—En ese poblado existe un *bar*



Warren se presentó a los padres de Myriam cuando éstos regresaban de una corta excursión.

cuyo dueño conoce al Puma. ¡Quizás lo hallé usted en ese bar, por una feliz o desgraciada casualidad! ¡Esto se sabrá después que mi jefe y usted están frente a frente como enemigos que se aborrecen y quieren matarse!

Oídas estas palabras, y convencido de que el supuesto *cow-boy* le había ya dado respecto al famoso y temible capitán de forajidos cuantos informes podía suministrarle,

llamó al grupo de vaqueros y les dijo:

—Dos de vosotros, tú y tú—y señaló con la mano a una pareja de ornidos mozos—, os encargaráis de la vigilancia de este tribón durante unos días... hasta que venga por mí la justicia... Se trata de un perillán de la peor ralea... de un sujeto muy peligroso, ¿entendéis?

—¿Y por qué no le aplastamos como a una hedionda bestia?—propuso uno de los vigilantes.

—¡Si la justicia nos exigiera por ahorcarlo las mismas cuentas que por matar a un coyote, ahora mismo dejaría de existir este miserable! ¡Pero es preferible que le dé la justicia ese castigo!

* ¡Obedeceime, pues, y lleváoslo adonde mejor os plazca vigilándolo estrechamente! ¡Tengo que hacer un encargo a todos! Lo que aquí acaba de ocurrir debe quedar entre nosotros; ¡Que nadie entere a los dueños del rancho ni su inocente hija de este enojoso episodio, para no alarmarles en vano y antes de tiempo!...

III

Media hora después Warren, sentado al lado de Myriam, la enteraba de su propósito de ir más allá del desierto.

La hechicera y bondadosa criatura exclamó:

—¿Tan necesario es que lleve nada a cabo ese viaje tan peligroso?

—¡Sí, señorita! Ese viaje lo exigen los bienes de sus padres y su propia seguridad personal.

—Sin embargo, no hace dos horas me aseguraba usted que se alejaría del rancho...

—Entonces, señorita—objetó Warren—, ignoraba lo que ahora me lleva mi repentina partida...

—¿Y qué es ello? ¿Puedo yo saberlo?

—Es preferible que lo ignore...

Un hombre de unos treinta años que se hallaba sentado a poca dis-

fancia de donde tan hermosa pareja de juventud y botinesa sostenía este diálogo, y que de vez en cuando azostaba a nuestro protagonista furibundas miradas que él no advertía, intervino diciendo:

— ¡Mi prima Myriam tiene derecho a saber lo que usted quiere ocultarle! ¡Ella es aquí la dueña y usted un criado! ¡Ella le manda hablar y usted debe obedecer!

Tan inesperadas como insolentes palabras produjeron en el valeroso mozo el efecto de un fatigazo.

Volvió, pues, la cabeza hacia el pariente de Myriam y mirándolo con oñojo, inquirió a su vez:

— ¿Y usted con qué derecho se atreve a censurar mi conducta?

— Con el derecho que me concede el parentesco que me une a los padres de Myriam...

Esta declaró con vehemencia:

— Ese parentesco, John, no le autoriza a agraviar a este hombre tan leal y noble como acabas de hacerlo...

— ¡Myriam! — exclamó irritado John—. ¿Es posible que llegue tu ceguera a ese extremo? ¿De modo que lo que dice y dispone este desconocido sujeto, que nadie sabe a ciencia cierta quién es, de dónde viene, ni cómo se llama, le parece preferible a lo que yo dispongo en tu propio bien?

« ¡Insensata criatura!

— ¡Basta, John, basta! — repuso la joven indignada—. ¡Recuerda lo que te decían mis labios poco antes de actuar este hombre a quien tan injustamente menosprecias!

— ¿Que lo recuerde? ¡Ciertamente, no olvidaré jamás sus palabras! — confesó pálido de rabia el enfurecido individuo.

« Pero tampoco olvidaré jamás que si tus ojos no hubiesen visto a

este hombre... sus labios no habrían pronunciado aquellas palabras...

« ¡Yo las obedeceré! ¡Me marcharé de aquí, abandonaré las esperanzas que antes acariciaba, renunciaré al inmenso amor que me inspirabas. ¡Pero!... ¡ah, ah! — rió como un histérico—. ¡Algún día te arrepentirás de haberme despreciado! ¡Sí, Myriam! ¡Algún día... lamentarás haber preferido a este intruso... a ese folón!...

— ¡Fuego del infierno! — bramó Warren—. ¿Qué significa esto? ¿Está loco este hombre?

— No... Lo que estoy es indignado... y lleno de aborrecimiento hacia usted. ¿Me oye?

— Sí; lo oigo; pero no le tolero sus groserías... porque no existe un hombre que me insulte impunemente.

Esto diciendo, y antes de que pudiera impedirlo la bella y alarmada criatura, su mano cayó sobre el rostro de su rival con tal fuerza que le obligó a retroceder tambaleándose.

El primo de Myriam permaneció como atontado durante unos momentos y sin poder hacer uso de la palabra.

La mejilla golpeada hinchóse en seguida, asumiendo una coloración amarotada, y con la mano sobre ella vociferó el aporreado individuo:

— ¡Le mataré a usted!

— Yo podría impedir que se cumpliera su amenaza matándole a usted en el acto — respondió Dick sonriendo con desprecio—. ¡Pero detiene mi brazo el pensar que es usted un enemigo demasiado insignificante y en extremo despreciable!

« Sin embargo, le aconsejo que se marche en seguida y no ponga a prueba mi paciencia. ¡Pronto, sal-

ga de aquí, antes de que me arrepienta, márchase ahora que lo puede hacer sin que nadie le ayude!

Barbotando palabras furiosas e ininteligibles, con el rostro lívido y convulso de rabia y los puños crispados, el primo de Myriam abandonó la estancia.

La hermosa joven dijo abatida:

— ¡Qué escena más desagradable y lamentable!

— ¿No la esperaba usted? ¿No conocía los sentimientos de ese hombre respecto de mí? ¡Porque sin duda me odia desde que me vieron sus ojos, desde que puse los pies en este rancho? ¿Me equivoco?

— No; dice usted verdad. Por lo tanto, ha ocurrido lo que tenía que ocurrir! ¡Quiera el cielo que las consecuencias no sean muy graves!

— ¿Por qué han de serlo?

— ¡Mi primo es muy vengativo!

¡Ahora, aconsejado por el despecho y el rencor, sería capaz de hacerme tanto daño como el execrable y perverso *Puma*!

— ¡Que no intente siquiera tocarle a usted un cabello, pues él mismo se condenaría a muerte! ¡En fin, olvidemos este enojoso incidente, porque requieren nuestra atención otros asuntos más importantes...

«Como le decía a usted cuando su primo intervino en nuestra conversación, debo emprender inmediatamente mi viaje, del que regresaré dentro de cuatro días...

«El móvil de este viaje ya lo conoce usted... Se trata de su propia seguridad... ¡Estoy seguro de descubrir el rastro del infame bandido, el rastro del infame bandido a quien la justicia persigue en vano hace tanto tiempo.

IV

Aquella misma noche suscitó entre la numerosa y bulliciosa concurrencia que llenaba el *bar* de Las Guadalupe, la entrada del atlético y corajudo Warren.

Entre los parroquianos abundaban los *cow-boys*, pero mezclados con ellos se veían además otros hombres de apariencia un poco sospechosa, más bien de aventureros y merodeadores guerrilleros que de rudos hijos del Oeste.

Nuestro protagonista conocía bien a las gentes de su país y de su raza, y le bastaba una rápida mirada para clasificar a un individuo.

Luego de examinar a tan alegre

y alborozada clientela fué a sentarse junto a una mesa, sentados a la cual hablaban en voz baja y ante sendos vasos de *whisky* dos sujetos.

Luego hizo seña de que se acercase al dueño del establecimiento, y apenas tuvo a éste a su lado, le disparó a boca de jarro:

— Vengo a hablar con usted sobre un personaje que suele venir aquí a menudo...

— ¿A quién se refiere usted?

— ¡Al famoso *Puma*!

El cafetero retrocedió un paso estupefacto, porque, ciertamente, esperaba que el novel parroquiano pronunciase cualquier otro nombre

antes que el del formidable bandido.

En los dos individuos cercanos y a los que Dick observaba de reojo las palabras del audaz y temerario caballista produjeron un tremendo efecto.

Ambos se sobresaltaron, volviendo la cabeza hacia Warren y asediándolo truculentas miradas...

Antes de que el dueño pudiese hacer uso de la palabra, nuestro hombre añadió:

—¿Conoce usted a ese bandolero, verdad?

—Sí, ¿por qué negarlo? ¿Quién no le conoce en docientas millas a la redonda? ¿Quién no le teme?

—¡Yo! — respondió con acento glacial Warren a cuyos ojos hizo una sorda blasfemia proferida por uno de sus vecinos.

—¿No le teme usted porque no le conoce? añadió el cafetero.

—¿No le temo y mi mayor alegría consistiría en ver su odiosa y repugnante figura y acribillarla a balazos! ¿Por eso he venido aquí en su busca? ¿Dónde está ese cobarde saqueador? ¿Lo sabe usted? ¡Dígamelo en seguida!

Pronunciadas estas palabras se puso en pie al ver que los dos hombres que ocupaban la mesa cercana hacían lo mismo y encarándose con ellos, dijo:

—¿Así como el buen perro ven- tea el enemigo, los hombres honra-

dos harrunian la proximidad de los malsines! ¿Qué quieren ustedes? ¿Decirme dónde está el *Puma*, su bedonito jefe?

Tan insolito rasgo de audacia y agudeza desconcertó momentáneamente a los dos bribones, pues, en efecto, formaban parte de la cuadrilla capitaneada por el *Puma*.

La barahonda que siguió a estas palabras no es para describir.

Con la rapidez del pensamiento, Warren asió un puñetazo en pleno rostro a uno de los bergantes, que ya empuñaba el revólver, derribándolo al suelo sin sentido.

Luego se abalanzó contra el otro y cogiéndolo por el cuello lo hizo caer tendido sobre una mesa.

Entonces su voz poderosa y en- furecida, dominando la algarabía que reinaba en el *bar*, comenzó a decir:

—Inmundo, cobarde y degenerado coyote, confiesa dónde se halla el *Puma*, tu maldito y sanguinario jefe.

Con un asombro que se convirtió en una tempestad de gritos, amenazas y maldiciones, los parroquianos del *bar* enteráronse de la verdadera causa de la reyerta que presenciaban.

Aquella misma noche los dos forajidos, maniatados y sujetos cada uno a la cría de un caballo cabalgado por un *cow-boy*, eran llevados a presencia del *sherif*.

V

En su guarida de la montaña, dos días después, era cazado el desalmado bandito que durante tanto tiempo había sido terror y azote de

la comarca, gracias a la intrepidez y bravura de Warren.

Pero éste, una vez llevada a cabo su proeza, no la habría podido re-

ferir a la mujer de sus sueños... porque cuando regresaba al *Hancho de las Rosas* al través del desierto inmenso y calcinado se equivocó de ruta, perdiéndose...

En vano intentó horas y horas hallar el buen camino. El hambre y la fatiga, y sobre todo la sed, acabaron con su corcel, y habrían acabado también con él, poco después, cuando llegado al límite de su resistencia cayó al suelo inerte y muerto, bajo un cielo implacable, si no

lo hubiese hallado y socorrido la propia Myriam...

A ella le debió, pues, la vida. Y dos meses después, luego de pagar Warren a su amada el auxilio que le prestara en el desierto, librándola de la emboscada que la tendiera su pérfido y vengativo primo, John, que, por segunda vez, conoció la potencia de sus puños... el *Hancho de las Rosas* convirtióse en ese paraíso al que sólo tiene acceso en este mundo los que se aman inmensamente.

FIN

LA SIGUIENTE NOVELA DE ESTA PRECIOSA COLECCION

LOS CUATREROS

SE PONDRÁ A LA VENTA LA SEMANA PRÓXIMA

LAS GRANDES OBRAS MODERNAS - Publicación periódica

Calle de Londres, 188 - BARCELONA

Talleres gráficos VECCHI. - Rocafort, 225. - Barcelona